

ción con la permanencia o recuperación de la propia historia terrena (pp. 146-153). Dada la importancia del tema, quizá hubiese sido de desear mayor claridad a la hora de hablar de la inmortalidad del alma, evitando, como es obvio, los falsos dualismos. Lo mismo cabría decir de la muerte como pena del pecado, tema en que el A. parece adherirse a la teoría de quienes piensan que lo que realmente es pena del pecado es la forma —de rechazo y resistencia— con que en el estado actual nos enfrentamos con ella.

L. F. Mateo-Seco

**Maguy AMIGUES**, *Le chrétien devant le refus de la mort*, Ed. du Cerf, Paris 1981, 281 pp., 15 x 24.

Preocupa al A. el rechazo de la muerte que se da en la sociedad occidental, la ocultación de la muerte, y se pregunta hasta qué punto la fe cristiana forma parte de esta conspiración del silencio. Justamente subraya que tomar en serio la resurrección implica necesariamente tomar en serio la muerte, es decir, que hablar seriamente de la resurrección implica hablar seriamente de la muerte. Desde este punto de vista, Amigues desarrolla un trabajo a caballo entre lo que podría calificarse como encuesta sociológica —realizada eligiendo a lo que se estima representantes cualificados de esta situación—, y análisis teológico. Comienza con una crítica de la nueva liturgia de los funerales (pp. 23-83), prosigue con un análisis antropológico (pp. 87-147), y concluye con una interpretación teológica (pp. 151-257). En esta parte, el A. se detiene en la resurrección de Jesús, adhiriéndose totalmente, en cuestiones como el sepulcro vacío, a Léon Dufour. Breve, acertada, la crítica realizada a Boros (cfr. p. 242), sin entrar a fondo en la problemática subyacente. Especial dificultad ofrece la concepción de la resurrección como «ruptura radical que nos introduce en

un modo de ser que nos es extraño», en el sentido de que esta total novedad parece ligada a una total discontinuidad con el mundo anterior: «Si la resurrección anunciase una ruptura relativa, la transfiguración del hombre, ligada a la del cosmos, devendría la simple reconducción de un estado anterior perdido, después reencontrado. La creación *en espera* no *gemiría con dolores de parto* (Rom 8, 22), sino que recordaría con nostalgia una edad de oro en forma de Paraíso. Sólo una ruptura absoluta puede inaugurar un comienzo absoluto y, recíprocamente, un comienzo absoluto exige una ruptura absoluta. La (re) creación *ex nihilo* es el precio» (p. 266). El A. se da cuenta de que esta posición implica un grave problema: su conciliación con la certeza de que la resurrección preserva nuestra singularidad, pero se limita a afirmar que «el teólogo debe tener el coraje de reconocer que él no sabe» como se pueden conciliar ambas cosas. Mejor hubiera sido informar al lector de que la teología católica jamás concibió el fin del mundo como un aniquilamiento, sino como una transformación. Hubiera bastado citar el cap. VII de la *Lumen Gentium*.

L. F. Mateo-Seco

## ECLESIOLOGÍA Y SACRAMENTOS

**Paul POUPARD**, *Le Concile Vatican II*, Presses Universitaires de France («Que sais-je?», 2066), Paris 1983, 128 pp., 11 x 17,5.

El Presidente del Secretariado para los No creyentes, Cardenal Paul Poupard, hace en la célebre colección cultural francesa *Que sais-je?* una síntesis doctrinal del Concilio Vaticano II con ocasión de su XX aniversario. No se esperen originalidades en esta obra: siguiendo el estilo informativo tan característico de esta colección el Card. Poupard expone en doce capítulos los contenidos de las 16 Constituciones, Decretos y Declaraciones de